

Con nitidez aparece la reivindicación que repiten las páginas de Rulfo al enunciar y describir los aspectos relevantes de una tragedia común, colectiva. En cuanto a la proclamación de los escombros o de la miseria, los relatos de Rulfo se asimilarían a una corriente literaria testimonial. Pero ese testimonio subyacente en las terribles escenas de sus escritos sustenta algo más hondo que contradice la interpretación genérica de Jorge Edwards acerca del cuento en los escritores iberoamericanos.

Los textos de Rulfo no aspiran a la captación de un instante crucial para el futuro de sus compatriotas. Ni siquiera para el futuro de sus criaturas o de sus fantasmas. Rulfo no se implica en un esfuerzo destinado a situar o desvelar la raíz material de la acción o de la indiferencia. Por el contrario, agrupa y comprime en su testimonio, que contiene las resonancias de una confesión, de una evocación íntima o de una charla, la vibración emotiva de una larga historia salpicada de anécdotas que vuelven constantemente a plantear la escasez, el dolor, la tristeza, la esterilidad de la tierra maldita, el encierro espiritual en ese área física, la muerte.

El relato que da título al volumen *El Llano en llamas*, admitiendo y desarrollando esa tendencia que enfoca una historia global desde la descripción, desde la recuperación de un suceso intrascendente en apariencia que se repite hasta el agotamiento en el presente, parece abrir una grieta a la esperanza respecto al tono amargo del resto de las narraciones de Rulfo. Narra las peripecias de un grupo de rebeldes que se enfrentan en sangrientas emboscadas a las tropas federales. El tiempo, la violencia, la aniquilación y la espera convierten esta partida en un grupo de forajidos que asesinan y matan sin piedad.

De tantos asaltos e incursiones, el protagonista consigue una larga condena carcelaria y un niño al que le dicen como a él, «Pichón». Pero la madre, una muchacha secuestrada y forzada, que se siente amarrada a su verdugo, asegura que ese niño no es un bandido.

En realidad, está afirmando de un modo inconsciente que no lo será.

Sin poder conceptualarlo como un desenlace, en la acepción usual del término, brota igual que en otras oportunidades la voluntad ingenua y sacrificada de la «gente buena» de los relatos de Rulfo: imponerse a los precedentes, a las viejas historias pronunciadas en inaudibles susurros, a las necesidades más perentorias y elementales. Veremos este proceder, asimismo, en *Pedro Páramo* en una reconstrucción que Rulfo utiliza para revivir una antigua impresión: la inutilidad que entraña la búsqueda de las raíces en un mundo mágico, poseído por fuerzas extrañas que nacen de las limitaciones del ser humano, y donde el amor retrata un fenómeno de obediencia o de esclavitud.

Respecto a escritores como Faulkner o Lowry, la novela de Rulfo significa una revelación de orden estético, en cuanto lenguaje mágico. Respecto a literatos como Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez o José Donoso, una adivinación de un territorio donde sigue *remoliendo* el silencio, para presentarnos al ser humano asediado entre sus fantasmas familiares y la amenaza de la muerte. Pedro Páramo murió hace muchos años, pero continúa vivo en la existencia de Comala, capital de su feudo. La narración de Rulfo, en su brevedad, transmite un cuadro espeluznante. Entierros, asesinatos, abandonos que condenan a las mujeres a la amargura, revelaciones conmovedoras que se adelantan a la referencia del horror, la guerra... Pero con una

nota distintiva: nada parece afectar al dominio que Pedro Páramo ejerció sobre una tierra que ha sembrado, con sus ultrajes, de familiares resignados y súbditos nostálgicos. Pedro Páramo se transforma poco a poco, en esa lucha contra el olvido que realiza uno de sus hijos al regresar a Comala, en la encarnación ultraterrena del sometimiento a una mezcla de superchería, religión, autoritarismo, pobreza e ignorancia. Una mezcla que no es accesible desde frías conjeturas culturales o sociológicas, sino desde la solidaridad con ese horror que se incrementa en la pasividad.

Se aclara una transformación. De ese universo delimitado por los relatos de *El Llano en llamas* pasamos a la profundización directa en la psicología de ese mundo en *Pedro Páramo*. Los héroes han muerto o se doblegan para sustentar esa síntesis que simboliza todas las negaciones que se imponen al hombre en un territorio que bien podría ser considerado como antesala del infierno, el cacique que se erige en la única voz. De un modo u otro, todas sus víctimas se refieren a él como un ser vivo, manteniendo en sus palabras el miedo a la venganza. De la misma forma que a un individuo insignificante y desgraciado le es dada la posibilidad del regreso, parece entenderse que ni el asesinato ha conseguido desprender la dictadura aceptada de Pedro Páramo sobre la tierra, sobre las almas...

Curiosamente, Rulfo realiza este esfuerzo mediante la brevedad, que siempre parece designar un anhelo de eficacia literaria. Pero Rulfo repite en *Pedro Páramo* esa labor de salvación expresiva de los suyos y de sí mismo recuperando el sentido plural de las voces, aunque con mayor complejidad. También hablan los muertos, y de hecho son los espectros quienes conducen su novela hacia el ámbito mágico donde la conciencia exterioriza gritos en lugar de palabras. ¿Podemos pensar únicamente en una figura existencial, en un objeto de crítica distanciada y serena frente a esto? Rulfo ha depurado su obra para no creer en la *mentira* de la literatura —para no creer en su continuidad, en su eterna prolongación al lanzar una mirada compasiva sobre la realidad— y para no caer en la falsedad, en la mitificación del dolor. Sus personajes llegan a expresarse contra la turbulencia instrumentando su *derecho al pataleo de los ahorcados*. Respiran la muerte, desconocen otra realidad. Pero su desesperanzado mensaje prueba que permanecen sin interlocutor. Todos ellos buscan a través de Rulfo una conversación que dé libertad al miedo, a la vergüenza, a lo humano que resta en ellos bajo el tapiz de la desconfianza mientras se contentan platicando con la nada. Desfilan ante nosotros con la mansedumbre de niños, como los sueños de la ilusión. Ansían una tregua y pretenden robar tiempo a la fatalidad corriente, opresiva, implacable, observando un límite extremo y final. En la crueldad que les han inculcado la arbitrariedad y el sufrimiento se confunden con los ángeles despectivos y malditos que nos describieran Faulkner y Lowry al relatar sus pesadillas en el envés embrujado donde coinciden la ficción, el deseo y la vida. Pero acaban sucumbiendo a una súplica similar a la del intelectual amargado que, como denunciara Graham Greene, reclama a los dioses su vejez y su cansancio, y que le dejen en paz, que respeten sus mentiras.

FRANCISCO J. SATUÉ  
*Pañería, 38, 2.º D*  
28037 MADRID

